

## Historia, subjetividad y ficción. A propósito de Pasados singulares de Enzo Traverso<sup>1</sup>

Pedro Ruiz Torres  
Universidad de Valencia

Recibido: 04/02/25  
Aceptado: 17/05/25

**Resumen:** A lo largo de este texto se analiza y contextualiza la obra *Pasados singulares* de Enzo Traverso. Especialmente las formas en las que, desde aquella, se analiza el giro subjetivista en la historiografía contemporánea, marcado por la incorporación del "yo" en la narración histórica. El autor relaciona este fenómeno con el presentismo y el neoliberalismo, destacando la privatización de la memoria y la atrofia de la imaginación utópica. Sin embargo, Traverso advierte que esta nueva escritura no debe reducirse al ámbito íntimo, sino integrar las experiencias individuales en un contexto histórico más amplio. El actual texto ofrece una lectura de un análisis crítico y estimulante que invita al debate sobre la transformación en la manera de escribir la historia en las últimas décadas.

**Palabras clave:** Subjetivismo, historia, ego-historia, ficción.

## History, Subjectivity and Fiction. On Enzo Traverso's *Singular Pasts*.

**Abstract:** This text analyzes and contextualizes *Singular Pasts* by Enzo Traverso, focusing on how it examines the subjective turn in contemporary historiography, characterized by the introduction of the "I" in historical narration. Traverso associates this phenomenon with presentism and neoliberalism, highlighting the privatization of memory and the atrophy of utopian imagination. However, he warns that this new form of writing should not be limited to the intimate but should integrate individual experiences within a broader historical framework. The essay offers a critical and provocative analysis, encouraging debate about the transformation of historical writing in recent decades

**Keywords:** Subjectivism, History, ego-history, Fiction.

---

<sup>1</sup> El presente artículo es el resultado de la traducción del texto en catalán publicado originalmente como Ruiz Torres, Pedro. (2022). Història, subjectivitat i ficció. A propòsit de "Passats singulars" d'Enzo Traverso. *L'Espill*, 68, 5-20.

En el origen de este ensayo, nos dice Enzo Traverso en el prefacio escrito expresamente para esta edición, se encuentra el País Valenciano. Sus ideas se formularon por primera vez en septiembre de 2018, con motivo de la conferencia inaugural del XIV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea celebrado en la Universidad de Alicante. Enzo Traverso tenía previsto intervenir y luego pasar unos días entre nosotros, pero el viaje se frustró en el aeropuerto de Nueva York y tuvo que grabar su intervención y enviarla por vídeo. De esta conferencia inaugural, pronunciada a distancia con el título «La autobiografía como paradigma historiográfico: algunas notas críticas», surgió el libro *Passés singuliers. Le 'je' dans l'écriture de l'histoire*<sup>2</sup> (2020). Enzo Traverso es un autor muy prolífico. La mayor parte de su obra ha sido traducida rápidamente al catalán y/o al castellano (Traverso, 1998; 2001; 2002; 2003; 2005; 2006; 2007; 2008; 2009; 2012; 2013; 2014; 2017; 2019), y es bien conocida desde hace décadas. Tanto la revista *Afers* como *L'Espill* y *Pasajes de Pensamiento Contemporáneo*, estas dos últimas con el apoyo de la Universidad de Valencia, han dado regularmente difusión a sus escritos sobre diversos temas. Ahora aparece en la Editorial Afers, dentro de la colección «Recerca i pensament» dirigida por Vicent Olmos, la primera traducción de *Passés singuliers* a otro idioma (Traverso 2021). Al igual que otros libros de Traverso publicados en catalán, la traducción corre a cargo de Gustau Muñoz y es digna de elogio. Esta primacía, según señala Enzo Traverso en el prefacio, no es producto del azar del calendario. «Es expresión de una fidelidad y de una afinidad consolidadas a lo largo de los años» (p. 9).

El punto de partida de este ensayo es una constatación que genera perplejidad. Un conjunto de lecturas de muy diversa índole ha llevado a Traverso a percibir que «la historia se escribe cada vez más en primera persona, desde el prisma de la subjetividad» (p. 16). El fenómeno no es nuevo en la literatura, añade, pero sí en la historiografía. Desde finales del siglo XX proliferan las autobiografías de historiadores, y muchos de ellos han adquirido el gusto por relatar su vida. Más recientemente, se ha cruzado otro límite: a las autobiografías de historiadores les ha seguido «una nueva forma subjetivista de escritura de la historia» (p. 20). Esta nueva forma de escritura, según Traverso, constituye un género híbrido (ni historia en el sentido convencional ni propiamente autobiografía) que transgrede tradiciones, va más allá de los cánones literarios y pone en cuestión ciertas premisas generalmente aceptadas en la disciplina histórica. «El nuevo lugar asignado a la subjetividad en la escritura de la historia y en la autoconciencia de los historiadores será el objeto de estas páginas» (p. 20). El propósito del ensayo, así se indica en la introducción, no es atacar la literatura autobiográfica, como tantas veces se ha hecho, ni negar que, en ocasiones—aunque no siempre—, la escritura centrada en el yo del autor ha dado frutos admirables. Se trata de proporcionar una explicación de este «despliegue del yo» en la escritura de la historia, «a través de un determinado trabajo de análisis e interpretación crítica» (p. 22).

Tras esta introducción, los dos siguientes apartados del libro, «Escribir en tercera persona» y «Las trampas de la objetividad», muestran cómo, desde la Antigüedad, el relato impersonal se convirtió en un rasgo característico de la escritura de los historiadores que pretenden describir el pasado de manera objetiva. Tucídides y Jenofonte distinguieron con claridad entre el relato impersonal del historiador y el testimonio en primera persona. A partir del surgimiento de la historiografía moderna con pretensión científica, hacia finales del siglo XVIII, la escritura en tercera persona se convirtió en una de las reglas fundamentales e indiscutibles del trabajo del historiador. Tanto la corriente «historicista» (Leopold von Ranke y la escuela histórica alemana) como la «positivista» (Gabriel Monod, Denis Fustel de Coulanges, Charles Seignobos) compartían este tipo de escritura.

<sup>2</sup> Hay una traducción castellana, que es objeto de reseña en este número, en (Traverso, 2022).

El testimonio en primera persona era una cosa y otra muy diferente la distancia, la mirada exterior y la descripción objetiva del historiador. En el primer tercio del siglo XX, lord Acton, director de la *Cambridge Modern History*, y Lev Trotski, en su *Historia de la revolución rusa*, enfatizaron que la objetividad del historiador obligaba a tomar distancia, incluso respecto a su propia experiencia, y a elaborar un relato impersonal.

Aunque hasta hace poco la opción por la escritura impersonal fue una constante en la historia de la historiografía, los dos apartados mencionados lo evidencian con claridad, proporcionando numerosos ejemplos de distintas épocas. Traverso también pone de relieve otros aspectos de interés relacionados con la subjetividad y la objetividad en el trabajo de los historiadores. Destaca que en el siglo XIX y principios del XX hubo historiadores y filósofos (Michelet en Francia, Ranke y Dilthey en Alemania) que introdujeron en el conocimiento histórico la subjetividad de los actores del pasado: sus emociones, pasiones, esperanzas, tragedias, etc. Buscaban reconstruir el universo mental de esos actores mediante la empatía, sin mezclarlo con la individualidad del historiador ni cuestionar la narración en tercera persona. La tensión entre la emergencia de esta subjetividad (la de los actores del pasado) y el imperativo positivista de una narración impersonal recorrió todo el siglo XIX. En la literatura a principios del siglo XX, con el auge de las vanguardias, el reconocimiento del potencial artístico de la subjetividad produjo una gran ruptura con el realismo anterior. Sin embargo, según Traverso, los historiadores se mantuvieron al margen y no se sintieron interpelados por la autobiografía. Un siglo después de Michelet, y a contracorriente de la tendencia predominante en la década de 1960, Kracauer reafirmaba que la tarea del historiador era «resucitar» a los muertos, lo que implicaba un cierto grado de subjetividad e impedía asimilar la historia a las ciencias naturales. No obstante, para hacer historia y no arte, añadía el mencionado autor, debían respetarse las reglas de dicha disciplina. Para todos aquellos que aceptaban «el principio de causalidad determinista» (p. 34), como Simiand o Lamprecht, la escritura impersonal era un verdadero dogma. Tampoco la abandonó la historiografía estructuralista de la posguerra en la era de «la muerte del sujeto», aunque su determinismo fuese menos radical. Fernand Braudel puso el énfasis en un proceso «anónimamente humano», Louis Althusser en «un proceso sin sujeto» y Pierre Bourdieu denunció la «ilusión biográfica». Ni siquiera, según Traverso, la «irrupción de la memoria» a partir de la década de 1980 modificó el predominio de la tercera persona en la escritura de la historia. Aunque la memoria, tradicionalmente considerada como una más de las fuentes, se hubiera convertido en un nuevo objeto de estudio—así lo era en los *Lieux de mémoire* de Pierre Nora—, seguía siendo un fenómeno subjetivo que los historiadores debían investigar con la distancia crítica necesaria para ofrecer un conocimiento veraz del pasado humano. «El objetivo del historiador es comprender lo que ha sucedido, no mostrar hasta qué punto el descubrimiento del pasado le afecta o le ayuda a explorar las profundidades de su alma. La tarea del historiador no es interrogar el pasado desde la óptica de sus recuerdos; este enfoque es más propio del memorialista» (p. 28).

En estos dos primeros apartados, Enzo Traverso hace referencia al problema de la objetividad y la subjetividad en la historia. A menudo, nos dice en «Las trampas de la objetividad», la tendencia a convertir la objetividad en un fetiche no ha sido más que una coartada para ocultar fines inconfesables, como sucedió en la República Federal Alemana después de la Segunda Guerra Mundial y hasta bien entrada la década de 1980. Armin Mohler (antiguo secretario de Ernst Jünger e historiador de la Revolución Conservadora) y Martin Broszat (exmiembro de las Juventudes Hitlerianas, reclutado por el Instituto de Historia Contemporánea de Múnich) consideraban poco objetivos a los investigadores judíos que trabajaban sobre la historia del nacionalsocialismo. Broszat insistió en esta idea años más tarde, recubriéndose de una máscara científica que Traverso considera pura

hipocresía. No había ninguna razón para considerar que un representante de la generación de las Juventudes Hitlerianas fuera más "objetivo" que un historiador judío. A mediados de los años ochenta, en el contexto del *Historikerstreit*, Andreas Hillgrüber criticó a la nueva historia social por no tener en cuenta el sufrimiento de la población civil ni el drama de los soldados de la Wehrmacht ante la ferocidad y la venganza devastadora del Ejército Rojo. El filósofo Jürgen Habermas le respondió que sin esa resistencia militar no habrían podido funcionar los centros de exterminio nazis en Europa oriental. Enzo Traverso tiene razón al afirmar:

El mito de la objetividad científica, cultivado por la historiografía de la RFA durante años y años, servía en realidad para camuflar la subjetividad de una generación de estudiosos que habían hecho la guerra, que habían estado implicados en el régimen nazi y que movilizaban todo un arsenal de argumentos positivistas bien engrasados para justificar, de manera más o menos consciente, sus puntos de vista apologéticos (p. 42).

Al principio del tercer apartado, titulado «Egohistoria», Traverso sitúa en la década de 1980 los primeros síntomas de la reciente transformación en la escritura de la historia. Desde su perspectiva, esos fueron los años del auge de los estudios sobre la memoria, del giro lingüístico que introdujo el problema de la identidad en las ciencias sociales, de la reacción conservadora representada por Reagan y Thatcher, y de la caída del comunismo a finales de los ochenta. Los historiadores comenzaron a abandonar las categorías analíticas que habían predominado hasta entonces, especialmente las de clase y acción colectiva, mientras que su discurso público se centraba en las víctimas y los derechos humanos. "Con el agotamiento de la gran ola estructuralista, el sujeto regresaba con fuerza y reclamaba sus derechos" (p. 48). El retorno de la subjetividad -continúa Traverso- reflejaba en esos años la desorientación ante un mundo nuevo que requería diferentes claves interpretativas. Los historiadores volvían a reivindicar la narración, en la línea de lo que Lawrence Stone había planteado en un influyente artículo de 1979. En este contexto, mientras comenzaba a materializarse el proyecto historiográfico de los *Lieux de mémoire*, Pierre Nora dirigió la obra colectiva *Essai d'ego-histoire* (1987), con la participación de seis historiadores (Maurice Agulhon, Pierre Chaunu, Georges Duby, Raoul Girardet, Jacques Le Goff y René Rémond) y una historiadora (Michelle Perrot) de renombre. Este libro, según Enzo Traverso, prefiguró una tendencia que aún tardaría años en consolidarse e iba a dar origen, desde finales del siglo pasado, a una gran "ola autobiográfica" (p. 51).

Traverso considera que "el reconocimiento de la dimensión subjetiva implícita en la investigación histórica" es muy reciente (p. 57). A finales de los ochenta, este fenómeno fue anticipado por la *egohistoria*, y en el cambio de siglo se hizo evidente con el auge de las autobiografías de historiadores y la aparición de un género híbrido, que no es ni historia en el sentido convencional ni propiamente autobiografía. En *Pasados singulares*, Traverso distingue claramente entre dos tipos de subjetividad. Por un lado, *la subjetividad de los actores del pasado*, que ciertos historiadores, desde el siglo XIX y en oposición a una concepción positivista de la ciencia histórica, intentaron recuperar mediante la empatía. Traverso señala acertadamente que esta subjetividad fue observada durante mucho tiempo desde la distancia de la escritura en tercera persona. Sin embargo, una vez que ha mostrado que el propósito de recuperar la subjetividad de los actores no cuestiona la búsqueda de la objetividad ni el distanciamiento de la tercera persona, su ensayo se detiene en un segundo tipo de subjetividad: *la subjetividad del historiador en el fenómeno muy reciente del yo narrativo*, que tiende a borrar la objetividad como un vestigio obsoleto. Sin embargo, el ensayo de Traverso no presta la atención que merece a una

tercera forma de introducir la subjetividad en el conocimiento histórico: la de aquellos historiadores que reconocen *la subjetividad dentro de la investigación histórica sin renunciar por ello a la objetividad*. Este modo de tomar en cuenta la subjetividad no es un fenómeno reciente, como intentaré demostrar a continuación.

En contra del culto a los hechos empíricos del positivismo ingenuo, al menos desde finales del siglo XIX, el reconocimiento de la subjetividad en la labor del historiador ganó cada vez más importancia en la filosofía de la historia y en la historiografía. Numerosos filósofos e historiadores, sobre todo aquellos que estaban interesados en cuestiones de epistemología o de método, pusieron énfasis en este aspecto. Para Wilhelm Dilthey, el conocimiento de uno mismo, en definitiva, la autobiografía, es una condición indispensable para llegar a comprender a los demás y nuestra relación con ellos, tanto en el presente como en el pasado. Benedetto Croce insistió en que, en el fondo, toda historia es historia contemporánea. En conjunto, la llamada "filosofía crítica de la historia", desde W. Dilthey hasta R. G. Collingwood -autor de *La idea de historia* (2004), un libro póstumo publicado en 1946, muy influyente en su momento y hoy injustamente olvidado-, puso en primer plano la subjetividad del historiador. Esta subjetividad también fue cada vez más considerada en la filosofía analítica de la ciencia, especialmente en el marco del debate sobre la explicación, la comprensión y la narración en la historia y en las ciencias sociales (W. Dray, G. H. von Wright, A. Danto, H. White). El descrédito de un positivismo empeñado en establecer hechos cuyo sentido supuestamente era proporcionado por las fuentes, como si los datos hablaran por sí mismos, se hizo evidente en la historiografía a medida que avanzaba el período de entreguerras y se intensificó a partir de 1945. Se puede encontrar en la *historia problema* de Marc Bloch y Lucien Febvre, a lo largo de la trayectoria de la llamada *Escuela de los Annales*, así como en el giro crítico y autocrítico que dicha tendencia historiográfica experimentó a finales de la década de 1980. Del mismo modo, ese rechazo se manifestó con gran intensidad en obras fundamentales para la formación de los historiadores, como *¿Qué es la historia?* (2017), de Edward H. Carr, y *Del conocimiento histórico* (1985), de Henri I. Marrou. En un texto de Pierre Vilar, publicado en 1988, en el que menciona un reciente intercambio de ideas con Josep Fontana, encontramos lo siguiente: "He tratado largamente, en la conversación anterior, esta dificultad de la construcción histórica: exigencia (legítima) de una objetividad por parte del historiador, evidencia (inevitablemente presente) de su subjetividad" (1992, p. 81). El reconocimiento de la subjetividad por parte de esos y otros historiadores se hacía sin renunciar a la búsqueda de la objetividad (aunque fuera difícil y provisional) y manteniendo, tanto la idea de una historia concebida como ciencia (de un modo muy diferente al positivismo), como la escritura en tercera persona.

El ensayo de Enzo Traverso no se plantea abordar un problema de carácter epistemológico o metodológico que encontramos continuamente en la historia concebida como ciencia: la tensión entre la búsqueda de la objetividad y la subjetividad inherente al trabajo del historiador. Parece comprensible, pues, que Traverso no se detenga en lo que he mencionado hace un momento. Sabemos, desde el principio, que su propósito es analizar e interpretar la nueva forma de escritura centrada en el yo del historiador. No obstante, habría sido conveniente hacer una distinción entre la subjetividad de esta nueva forma y la subjetividad inherente a la tarea del historiador. A veces, parece como si Traverso las identificara. En el tercer apartado de este ensayo, la *egohistoria* es presentada como una de las primeras señales de la mutación de las dos últimas décadas. Para dar cuenta de esta novedad, Traverso comparte la idea de Pierre Nora, expuesta en la presentación de los *Essais d'ego-histoire*, de que se trata de un género inédito para una nueva época de la conciencia histórica. Sin embargo, no me parece que fuera nuevo en 1987 «constatar que la objetividad histórica requería investigadores maduros y

conscientes de su implicación personal, capaces de mirarse al espejo en el curso de su trabajo y advertidos del carácter ingenuo e ilusorio del positivismo historiográfico» (pp. 48-49). Desde mucho antes, diversas tradiciones intelectuales lo habían señalado, tanto el materialismo histórico, como la filosofía crítica de la historia (W. Dilthey, B. Croce, R. G. Collingwood, R. Aron), esta última significativamente reivindicada por Henri Marrou en 1975 junto con la «historia problema» de M. Bloch y L. Febvre (Marrou, 1985, pp. 31-42). También lo hicieron, durante las cuatro décadas posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial, diferentes tendencias de una historia social en plena hegemonía, cercanas al marxismo o a otros enfoques antipositivistas (como el de Max Weber) en las ciencias sociales. En aquel entonces, se estaba muy lejos de una historia tradicional ingenuamente confiada en la autoridad de los documentos. Los «nuevos historiadores», antes que nada, debían formular preguntas, seleccionar luego con criterio sus fuentes e interpretarlas críticamente y, finalmente, explicar los hechos históricos con la ayuda de una o varias teorías.

Por lo tanto, la «transgresión» de la *egohistoria* no se encuentra, a mi parecer, en el terreno de la epistemología o de la metodología de la historia, pero tal vez sí en el aspecto considerado por Traverso, es decir, en la aparición de una nueva subjetividad que puso fin al tabú de la escritura en primera persona. En este sentido, dice Traverso, el *yo* narrativo tuvo que vencer muchas reticencias entre los historiadores a mediados de los años ochenta. Sin embargo, añadiría por mi parte, no deberíamos olvidar que, mucho antes de la aparición de la *egohistoria*, la escritura del historiador en primera persona había dado frutos importantes, como el libro de Marc Bloch *L'Étrange Défaite* (escrito en 1940 y publicado póstumamente en 1946) y el de R.G. Collingwood *An Autobiography* (1939), aunque es cierto que de manera excepcional. Tampoco deberíamos pasar por alto la aparición, en las dos décadas posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial, de obras de historiadores sobre su oficio o su disciplina como las siguientes: *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, de Marc Bloch, *Combats pour l'histoire*, de Lucien Febvre, *What is History?*, de Edward H. Carr, y *De la connaissance historique*, de Henri I. Marrou. En estos libros se utiliza unas veces la primera persona del plural (el “nosotros” asume la función de hablar del historiador desde un punto de vista colectivo) y otras la primera persona del singular (para transmitir recuerdos de experiencias vividas por los propios historiadores).

Aún más significativo resulta cómo los historiadores de las autobiografías y memorias mencionadas o no por Enzo Traverso (las anteriores a los *Essais d'ego-histoire*, las de esta obra colectiva dirigida por Pierre Nora y las publicadas posteriormente en la «gran ola» del cambio de siglo<sup>3</sup>) mantienen la separación entre el uso de la primera persona, en este caso, y la escritura distanciada e impersonal, cuando se trata de libros sobre hechos históricos. Si lo tenemos en cuenta, tampoco parece que transgredieran la norma establecida desde la Antigüedad, de la que hemos hablado. Es cierto que el considerable aumento de autobiografías de historiadores en las últimas décadas resulta llamativo, pero puede perfectamente enmarcarse en una tendencia más general y prolongada en el tiempo, que comenzó durante la Gran Guerra de 1914-1918 y a partir de entonces introdujo al siglo XX en lo que Annette Wieviorka ha denominado, en uno de sus libros, *L'ère du témoin*. Así lo considera también Traverso en la introducción de *Pasados singulares*, cuando nos dice que la proliferación de autobiografías de historiadores «es en parte reflejo de una tendencia más amplia: la democratización de las prácticas de escritura», que puso fin «al monopolio de la escritura a cargo de una élite

<sup>3</sup> Marc Bloch, R. G. Collingwood, Eric J. Hobsbawm, Peter Gay, Paul Fussell, Richard Pipes, Tulio Halperin Donghi, Emmanuel Le Roy Ladurie, Pierre Vidal Naquet, Paul Veyne, Pierre Vilar, Saul Friedländer, etcétera.

intelectual» (p. 19). Sin embargo, en el apartado «Egohistoria», al referirse a la obra de 1987 dirigida por Pierre Nora, añade lo siguiente: «Aunque estas “transgresiones” siguen siendo momentos aislados en el itinerario de un historiador, el reconocimiento de la dimensión subjetiva implícita en la investigación histórica —por el hecho de que los historiadores inyectan una parte de sí mismos en sus obras— es muy frecuente en la actualidad y desde hace veinte años» (p. 57). La frase anterior puede hacer pensar que «el yo en la escritura de la historia» y «el reconocimiento de la dimensión subjetiva implícita en la investigación histórica» forman parte de un fenómeno reciente. Sin embargo, hemos visto antes que esto último ya estaba muy presente en la «nueva historia», desde por lo menos el periodo de entreguerras.

De todas maneras, se considere o no el auge de las autobiografías de historiadores vinculado al género híbrido de la «nueva forma subjetivista de escritura de la historia», la novedad de dicho fenómeno queda muy bien resaltada por Traverso en la parte más extensa de este ensayo. Al final del apartado «Egohistoria», cuando se hace referencia a ciertas obras de los historiadores Eric Hobsbawm, François Furet, Paul Fussell y Saul Friedländer, Enzo Traverso señala que en ellas se manifiesta el reconocimiento de la implicación biográfica con el tema investigado, la experiencia propia y la empatía. No obstante, la constatación de la subjetividad inherente a estas obras se integra «como una dimensión legítima, pero no necesaria, de su dispositivo metodológico» (p. 59). Algo parecido pienso que se podría decir de muchos otros historiadores a lo largo de casi todo el siglo XX, pero sea como fuere lo importante es que Traverso le atribuye ahora a la subjetividad un papel distinto. Después de haber dejado entrever que hay historiadores, como Hobsbawm o Friedländer, para quienes el reconocimiento de la subjetividad resulta compatible con los presupuestos metodológicos de la disciplina histórica, Enzo Traverso añade que la subjetividad ejerce una función diferente en el género híbrido de relato histórico aparecido en las dos últimas décadas.

A lo largo de los últimos años hemos asistido al nacimiento de un nuevo género de relato histórico que, sin ser autobiográfico en el sentido convencional del término, incluye una simbiosis total entre el historiador y su objeto de investigación» (p. 61).

Así, al inicio del apartado «Pequeño inventario del yo narrativo», Traverso hace referencia a la transformación experimentada en la escritura de la historia. Selecciona un conjunto de obras recientes de once historiadores (Pierre Birnbaum, Mona Ozouf, Michel Winnock, Stéphane Audoin-Rouzeau, Maurice Olender, Ivan Jablonka, Philippe Artières, Antoine de Baecque, Sergio Luzzatto, Mark Mazower y Omar Bartov) y, con mayor o menor profundidad según el caso, analiza cada una de ellas. De este modo, el apartado «Pequeño inventario del yo narrativo» proporciona información muy interesante sobre los libros seleccionados y lleva a la siguiente conclusión: «Este nuevo relato se apoya principalmente en el legado de parentesco de los autores y toma la forma de una historia familiar que busca arrojar luz sobre la historia de una sociedad en su conjunto. El autor, evidentemente, es uno de los protagonistas del relato» (p. 61). Este es el primer rasgo destacable señalado por Traverso, que a su vez puede relacionarse con otro mencionado al final del apartado «Egohistoria». A diferencia de Hobsbawm, Furet o Friedländer, la generación que está detrás de este género híbrido no vivió la época que estudia y, por lo tanto, según Traverso, no ha tenido necesidad de hacer ningún esfuerzo por mantenerse a una cierta distancia. Aquello que pretende es dar una respuesta a la constatación de la subjetividad inherente al trabajo del historiador. «La cuota de subjetividad que inyecta en su relato del pasado se convierte en una modalidad de interpretación. Ya no tiene que ver

con una confrontación entre experiencia vivida y conocimiento, y aún menos con la “elaboración” de un trauma que hubiese sufrido» (p. 60).

Las dos características anteriores dan lugar a una combinación inédita: el historiador y/o su familia, por más que él no haya vivido la época que estudia, se convierten ahora en protagonistas del relato histórico. Traverso añade una tercera característica al destacar que incluso la indagación se integra en dicho relato. Este rasgo ocupa un epígrafe entero dentro del apartado «Pequeño inventario del yo narrativo», seguido de otro sobre el uso del yo en disciplinas hasta hace poco también reticentes, como la sociología y la antropología.

En el apartado siguiente, «Discurso sobre el método», Traverso hace un notable esfuerzo de síntesis para exponer la propuesta teórica de Ivan Jablonka, recogida en su polémico libro *La historia es una literatura contemporánea* (2016). Según Traverso, Jablonka reivindica la dimensión literaria de la historia de un modo diferente al habitual. No se trata solo de insertar los hechos en un relato o de añadirles humanidad y contexto, sino de activar las ficciones que el texto histórico despliega y transmitir al lector las emociones que en el historiador despierta todo aquello que estudia: acontecimientos, testimonios, fuentes, documentos, etc. Para Jablonka, esto no supone renunciar a la pretensión de producir un saber objetivo, algo que forma parte consustancial de una concepción científica de la historia, y Traverso lo reconoce, aunque expresa numerosas dudas y objeciones sobre «la ostentación permanente de la subjetividad del historiador en un relato que mezcla pasado y presente» (p. 92). Traverso advierte que el hecho de privilegiar la ficción puede ir en detrimento de la verdad histórica, una crítica que dirige tanto a Jablonka como a Luzzatto. La excesiva exhibición de la subjetividad puede llevar a «caer en un narcisismo estéril» (p. 97) o «sustituir la razón por las emociones» (p. 98).

En los apartados «Discurso sobre el método», «Modelos: la historia entre el cine y la literatura» e «Historia y ficción», Traverso emplea dos palabras clave, *literatura* y *ficción*, para establecer la diferencia entre el nuevo y reciente género híbrido de relato histórico («el yo en la escritura de la historia») y la consideración tradicional de la historia como disciplina, basada en la objetividad, el distanciamiento del pasado y la escritura en tercera persona. *Literatura* en lugar de ciencia, aunque Jablonka quiera hacerlas compatibles de una manera que no termina de convencer a Traverso. *Ficción* que se activa en el texto del historiador con la finalidad de transmitir emociones propias o ajenas a los lectores, sin esconder la subjetividad de la investigación, por más que eso pueda poner el pasado «a merced de la subjetividad de quien lo narra» (p. 94). Los modelos de este nuevo relato histórico centrado en el yo serían, según Traverso, la película *Shoah* (1985) de Claude Lanzmann, «un momento clave en la emergencia de la memoria en el seno de la cultura occidental», que «contribuyó enormemente a fijar la imagen del siglo XX como una era de violencia y genocidios» (pp. 102-103). También se refiere a su equivalente en el cómic, *Maus* de Art Spiegelman (1986 y 1991). Ahora bien, según Traverso, el modelo por excelencia de la nueva escritura subjetivista de la historia sigue siendo W. G. Sebald y sus «ficciones en prosa» o relatos de vida, caracterizados por «una superposición constante entre realidad y ficción, y entre el pasado y el presente». En esta misma línea, Traverso cita *Dora Bruder* (1999), de Patrick Modiano, y *Los hundidos* (2007), de Daniel Mendelsohn.

Después de la muerte de Sebald en 2001, continúa Traverso, la novela histórica entró en una nueva edad de oro, con ingredientes que habían aparecido antes en *El nombre de la rosa* (1980) de Umberto Eco. Casi todo el apartado «Historia y ficción» se dedica a resaltar este fenómeno, a partir de obras de numerosos autores como Jonathan Littell, Yannick Haenel, Javier Cercas, Antonio Scurati, Laurent Binet y Éric Vuillard. Traverso compara algunas de ellas, en especial *El monarca de las sombras* de Javier Cercas, con

varios libros de los historiadores mencionados en el apartado «Pequeño inventario del yo narrativo», sobre todo con *Historia de los abuelos que no tuve* de Ivan Jablonka, y ello le permite destacar dos rasgos que ambas tendencias tienen en común. El primero es «la búsqueda familiar y postmemorial» (p. 121), mientras que el segundo sería el siguiente: «La transferencia (*transfert*) que operan Jablonka y Cercas se dirige a sujetos muy diferentes, pero sus conclusiones son muy cercanas: la historia es una tragedia humana y sus actores son sujetos irreductiblemente singulares» (p. 123). De manera más general, según Traverso, las novelas históricas analizadas en este apartado comparten tres características con «la nueva historiografía subjetivista» (p. 142), que identifica con «el yo en la escritura de la historia» en obras recientes de historiadores como Jablonka, Luzzatto o Mazower. En primer lugar, parten de conocimientos sólidos, muchas veces obtenidos por los novelistas a partir de la exploración de fuentes primarias y archivos, lo que genera una tendencia a respetar escrupulosamente los hechos ocurridos. En segundo lugar, todas ellas elaboran «un discurso sobre el pasado que se inscribe en el presente e implica tanto la literatura como la historia» (p. 129); no en vano, se considera que el historiador «para la comprensión del pasado tiene necesidad de ambas» (p. 136). En tercer lugar, si bien es cierto que «se emancipan de lo real, una instancia con la que mantienen relaciones más complejas que la mera reproducción mimética, esto no significa que se instalen en la mentira» (p. 141).

El análisis comparado de obras de una docena de historiadores, de algunos libros de Sebald, Modiano y Mendelsohn a medio camino entre historia y literatura, y de una gran cantidad de exponentes del nuevo tipo de novela histórica lleva a Traverso a destacar lo siguiente. En las dos últimas décadas se ha manifestado, cada vez con más fuerza, una tendencia en la historiografía a considerar la literatura, y dentro de ella la ficción, como un recurso intelectual de primer orden para comprender mejor, por un lado, el pasado histórico y, por otro, el complejo proceso de investigación necesario para recuperarlo en el presente. Esta tendencia converge con otra, procedente de la literatura, que transforma en ficción una historia concebida como discurso crítico sobre el pasado. En palabras de Enzo Traverso, la autobiografía, la novela y la historia, en sus formas modernas, surgieron de manera simultánea a finales del siglo XVIII y, hasta hace poco, «se había preservado una especie de división del trabajo» (p. 143). La historia establecía los hechos y proponía una interpretación «según un dispositivo cognitivo [...] que básicamente no se ponía en cuestión. La novela inventaba personajes que hacían revivir el pasado con sus dilemas individuales y sus tramas afectivas. Y la autobiografía abría una ventana a la vivencia singular, con una subjetividad enraizada en un marco real establecido y verificable» (pp. 143-144). Sin embargo, en la actualidad las fronteras entre autobiografía, novela e historia se han vuelto más porosas. «Para parecer más interesante y atractiva, la historia debe adoptar la forma de una ficción. En este “asalto a la frontera” participan tanto los escritores como los historiadores: los primeros elaboran ficciones basadas en la historia, construidas a partir de personajes históricos reales; los segundos pretenden introducir en la narración histórica una dimensión emocional que siempre había sido reservada al ámbito de la literatura» (pp. 144-145).

Ciertamente, la subjetividad ya no es ahora la de los actores del pasado, sino la de los historiadores y novelistas que investigan sobre él. Sin embargo, me parece discutible la afirmación de Traverso cuando dice que «Sebald, Cercas, Jablonka y Luzzatto son los verdaderos héroes y tienen, de esta manera, una relación *presentista* con el pasado» (p. 145). Además de no comprender del todo qué quiere decir Traverso al hablar de «una relación *presentista* con el pasado», no creo que ni en las obras mencionadas de estos autores, ni tampoco en la mayoría de las que Traverso incluye en *Pasados singulares* y

en muchas otras que yo añadiría<sup>4</sup>, los principales protagonistas sean los respectivos narradores, aunque desempeñan un papel destacado. No son vistos como héroes, sino como víctimas, en plena concordancia con el cambio radical que en ese sentido han experimentado las memorias colectivas y las conmemoraciones desde la década de 1980.

En el último apartado, titulado «Presentismo», Traverso formula algunas hipótesis con el objetivo de explicar el giro subjetivista que ha analizado en las páginas anteriores. Sus interpretaciones son en cierto modo provocadoras y propensas a la controversia. Comienza con una matización interesante que, en gran medida, relativiza la innovación de la nueva escritura de la historia. En el plano metodológico, dice Traverso, «no sería del todo justo considerarla una ruptura. Marca un punto de inflexión en la evolución de una disciplina que ya ha conocido otros; la enriquece y la diversifica, pero sin perturbarla» (p. 149). Además, la escritura subjetivista de la historia no se rebela contra las instituciones académicas ni su práctica tiene nada de subversivo, por cuanto se integra «en los marcos antropológicos y culturales de nuestra época» (p. 149). En el ámbito científico, según Traverso, no pueden ser consideradas a priori ni un avance ni un retroceso: exploran vías inéditas con resultados variables y muy diversos. A esto se podría añadir que, como antes he señalado, el reconocimiento de la subjetividad del historiador no es algo reciente, debido a que fue poniéndose cada vez más de relieve a lo largo del siglo XX y vino en compañía, desde el periodo de entreguerras, de una valoración muy positiva de la experiencia del propio historiador<sup>5</sup>. Finalmente, Traverso señala que a esta forma de escritura no se le puede atribuir una posición política ni considerarla una escuela. «La escritura subjetivista del pasado atraviesa disciplinas y sensibilidades políticas y reúne a investigadores que, en otros aspectos, muestran escasas afinidades. Este ensayo trata de situarlos en su época, más que catalogarlos en términos de una escuela o una subdisciplina» (p. 149).

Una vez hechas las matizaciones anteriores, que parecen muy pertinentes, Traverso se enfrenta al reto de explicar lo que ha sucedido. «Las causas de este giro subjetivista son múltiples; algunas derivan de dinámicas del campo historiográfico y otras tienen que ver con mutaciones del mundo contemporáneo. Aquí nos centraremos más bien en estas últimas» (p. 149). Dicho esto, y limitando en consecuencia la búsqueda de factores para entender el cambio de las últimas décadas en la escritura de la historia, Traverso pone en primer plano el neoliberalismo, entendido en un sentido amplio (como forma de vida y de pensamiento), y el nuevo régimen de historicidad que François Hartog denomina «presentista» y que Enzo Traverso interpreta como «una percepción y una representación del tiempo comprimido en el presente» (p. 155). *Neoliberalismo y presentismo* habrían favorecido el apoliticismo, «la atrofia de la imaginación utópica» y «la retirada de los investigadores a la esfera de lo íntimo», con el siguiente resultado: «La familia es ahora, y no la sociedad, el lugar privilegiado de la memoria y de la indagación histórica» (pp. 156-157). Puede debatirse lo que Traverso entiende por *presentismo* y la estrecha relación que establece con el neoliberalismo en un «régimen de historicidad» que supuestamente tendría esas dos vertientes. Ahora bien, la perspicacia de Traverso vuelve a manifestarse al destacar, a propósito de las «mutaciones del mundo contemporáneo», la privatización del pasado y la atrofia de la imaginación utópica, el descrédito de una forma ampliamente extendida de entender y practicar la política, «la expansión del yo» en detrimento «del

<sup>4</sup> En las cuales, por cierto, hay una presencia destacable de periodistas: Martin Davidson (2012); Thomas Harding (2017) y Géraldine Schwarz (2019).

<sup>5</sup> A propósito de las ciencias sociales, Traverso escribe lo siguiente: “Hace muchas décadas que los sociólogos de la Escuela de Chicago habían estudiado la implicación del investigador en el objeto de su trabajo”. Además, menciona *Tristes trópicos* (1955), de Levi Strauss, como una reflexión crítica sobre las premisas de una disciplina en forma de relato autobiográfico” (p. 150)

nosotros», la autosuficiencia y el exceso narcisista de la multiplicación de imágenes de uno mismo o *selfies*, «la mirada melancólica dirigida hacia un pasado discontinuo» y el hecho de que la familia se haya convertido en «el lugar privilegiado de la memoria y de la indagación histórica». Todo ello, en efecto, está muy presente social y culturalmente hoy en día, pero el hecho de que sean rasgos entre muchos otros de la transformación del mundo contemporáneo no implica necesariamente que definan por completo nuestra época.

Resulta difícil y problemático establecer una relación directa entre una época — especialmente si se concibe de manera homogénea— y la aparición de una corriente intelectual, una tendencia historiográfica o, en este caso, una historia que se escribe cada vez más en primera persona, desde el prisma de la subjetividad del autor. Traverso sostiene que las nuevas escrituras subjetivistas de la historia o del pasado (Jablonka, Luzzatto, Sebald, Mendelsohn, Cercas, Haenel, etc.), aunque tengan intenciones distintas, «corresponden a la época del *selfie*, como autorretrato y como forma de comunicación» (p. 158), y serían «como un espejo del inicio del siglo XXI, la era del neoliberalismo y del repliegue en la esfera individual» (p. 159). La nueva escritura subjetivista es interpretada por muchos de sus autores, según Traverso, como la expresión de un trabajo de «postmemoria», vinculado a una ruptura y a la transmisión intergeneracional de una experiencia traumática, en línea con la propuesta de Marianne Hirsch (2012). A partir de dicho presupuesto, Traverso formula la siguiente hipótesis: «Estos escritos [...] también podríamos verlos como un espejo de la generación nacida o llegada a la edad adulta después de la gran ola de implicación y compromiso colectivo de los años 1960 y 1970» (p. 161). En mi opinión, la metáfora del espejo, con el fin de mostrar el reflejo de una época en el nuevo tipo de escritura de las dos últimas décadas y en la generación que lo impulsa, recuerda al *Zeitgeist* o “espíritu de una época”, una expresión frecuentemente utilizada por el historicismo alemán del siglo XIX. De ese modo se presupone la existencia de una característica distintiva en cada periodo histórico, que se manifestaría en una generación, en la historiografía y ahora también en un tipo específico de escritura de la historia. Según Traverso, el hecho de que «la subjetividad individual se haya convertido en el prisma a través del cual se interroga el pasado» está vinculado «al advenimiento del mundo neoliberal, del mismo modo que la historiografía del siglo XIX reflejaba la pujanza de los imaginarios nacionales y, cincuenta años después, el historiador estructural Fernand Braudel, con los movimientos tectónicos de la demografía y la economía, se hacía eco de la era del capitalismo fordista, de la producción en masa y de la cultura de masas» (p. 163)

Sin embargo, una época puede concebirse de otra manera, no como un todo homogéneo, sino como el resultado de criterios establecidos en el marco de una investigación histórica y que pueden variar según los enfoques. Con estos criterios se trataría de delimitar un período y distinguirlo de otros anteriores y posteriores, en función de las continuidades y los cambios en la vida plural y diversa de los seres humanos, sin dejar de lado las tensiones internas o, si se prefiere, las contradicciones inherentes a cualquier tipo de sociedad. Visto de esta otra forma, no hay reflejo alguno de una época sobre aquello que situemos en su interior, sino influencias múltiples, diversas y muchas veces en conflicto, en este caso sobre la historiografía, que proceden de un determinado contexto y tienen consecuencias muy variables. En esa obra excepcional de Paul Ricoeur que es *La memoria, la historia, el olvido* (2003), su autor distingue tres fases a propósito del conocimiento histórico: la fase documental o de la memoria archivada, la fase explicativa/comprendida y la fase de la representación historiadora escrituraria o literaria. Las tres fases, según Ricoeur, no deben entenderse como etapas de un orden cronológico de sucesión, sino como momentos metodológicos imbricados entre sí. Desde esta

perspectiva, se entiende mejor la afirmación de Traverso en el sentido de que «las nuevas escrituras subjetivistas de la historia», por más que puedan compartir rasgos de una época, dan lugar a una gama muy variada de opciones, a veces incluso contrapuestas, no solo en el ámbito de las emociones y la memoria pública, como él mismo nos dice, sino también en el terreno de la epistemología y la metodología de la historia. Precisamente por este motivo, «los resultados de esta escritura pueden ser a veces notables, a veces discutibles» (p. 168).

*Pasados singulares* concluye con unas recomendaciones para que «el yo en la escritura de la historia» dé buenos resultados: los autores deben ser conscientes de los límites de esta nueva forma de escritura, utilizar su ego como un telescopio y no como una mónada, ampliar el horizonte del sujeto, tener en cuenta los dilemas a los que se enfrenta la literatura y los juegos de escala en los que se mueve la historiografía, y hacer el esfuerzo de insertar los destinos individuales en un drama histórico más vasto. «Se puede escribir la historia iluminando los márgenes y recuperando los rostros de sus actores, sobre todo de los actores anónimos que la han hecho, pero no se puede interpretar el pasado reduciéndolo simplemente a la esfera íntima» (p. 168). No puedo estar más de acuerdo con Traverso, pero debo decir que todo esto sí lo he encontrado en los mejores libros de esta nueva forma de escribir sobre el pasado humano.

Para terminar, un gran mérito de este ensayo de poco más de 150 páginas (en una edición muy cuidada y de agradable lectura como esta) es que saca a la luz muchos y muy variados asuntos de gran importancia relacionados sobre todo con la escritura de la historia, pero también con el conocimiento histórico en general. En particular, pone de manifiesto y caracteriza muy bien el cambio de las dos últimas décadas en la manera de escribir sobre hechos y experiencias de un pasado cada vez más lejano, que sigue muy presente entre nosotros. Con perspicacia y sentido crítico, Enzo Traverso analiza e interpreta una gran cantidad de obras de historiadores y de otros autores procedentes del ámbito de la literatura o de las ciencias sociales, que de formas muy diversas han contribuido a la transformación reciente en la manera de escribir sobre el pasado humano. Asimismo, hay que valorar muy positivamente el esfuerzo por proporcionar una respuesta al porqué de este fenómeno en las dos últimas décadas. Por último, como todo lo que merece la pena desde un punto de vista intelectual, debido a que puede convertirse en un estímulo para pensar, plantearse nuevas preguntas e ir en busca de respuestas, la lectura de *Pasados singulares. El yo en la escritura de la historia* deja un amplio campo al intercambio de ideas y a una controversia fructífera que, una vez más, debemos agradecer a Enzo Traverso

## Referencias

- Carr, E. H. (2017): *¿Qué es la historia?*, Ariel.
- Collingwood, R. G. (2004): *Idea de la historia*, FCE.
- Davidson, M. (2012): *El nazi perfecto. El descubrimiento de mi abuelo y del modo en que Hitler sedujo a una generación*, Anagrama.
- Harding, Th. (2017): *La casa del lago. Berlín. Una casa. Cinco familias. Cien años de historia*, Galaxia Gutenberg.
- Hirsch, M. (2012): *The generation of Postmemory. Writing and Visual Culture After the Holocaust*, Columbia University Press.
- Jablonka, I. (2016): *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*, FCE.
- Marrou, H. I. (1985): *Del conocimiento histórico*, Abbat Editora.
- Mendelsohn, D. (2007): *Los hundidos. En busca de seis entre los seis millones*, Destino.
- Modiano, P. (1999): *Dora Bruder*, Seix Barral.

- Ricoeur, P. (2003): *La memoria, la historia, el olvido*, Trotta editorial.
- Schwarz, G. (2019): *Los amnésicos. Historia de una familia europea*, Tusquets Editores.
- Traverso, E. (1998): *Siegfried Kracauer. Itinerario de un intelectual nómada*, Edicions Alfons el Magnànim.
- Traverso, E. (2002): *El totalitarisme. Història d'un debat*, PUV.
- Traverso, E. (2003): *La violencia nazi. Una genealogía europea*, FCE.
- Traverso, E. (2005): *Los judíos y Alemania. Ensayos sobre la 'simbiosis judío-alemana'*, Pre-Textos.
- Traverso, E. (2006): *Els usos del passat. Història, memòria, política*, PUV.
- Traverso, E. (2008): *De la memòria i el seu ús crític / De la mémoire et de son usage critique / De la memoria y su uso crítico*, Generalitat de Catalunya, 2008;
- Traverso, E. (2009): *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, PUV.
- Traverso, E. (2012): *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, FCE.
- Traverso, E. (2013): *El final de la modernidad judía. Historia de un giro conservador*, PUV.
- Traverso, E. (2014): *¿Qué fue de los intelectuales?*, Siglo XXI.
- Traverso, E. (2017): *Els nous rostres del feixisme*, Balandra Edicions.
- Traverso, E. (2019): *Melancolía de izquierda. Después de las utopías*. Galaxia Gutenberg.
- Traverso, E. (2020) *Passés singuliers. Le 'je' dans l'écriture de l'histoire*. Lux Éditeur.
- Traverso, E. (2021), *Passats singulars. El 'jo' en l'escriptura de la historia*. Editorial Afers.
- Traverso, E. (2021): *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Herder.
- Traverso, E. (2022): *Pasados singulares. El "yo" en la escritura de la historia*, Alianza Editorial.
- Vilar, P. (1992): *Reflexions d'un historiador*, Universitat de València.